

Seguramente la actividad de Isaías empezaría en tiempo de Jotam. Era éste un soberano piadoso y su reinado dejó buen recuerdo entre los profetas. En cambio, Achaz, que sucedió a su padre en 741, demostró con los cultos extranjeros una tolerancia que fue muy censurada. Corrompiéronse las costumbres antiguas. La magistratura se rebajó considerablemente, y con razón o sin ella, el partido de Isaías la acusaba de prevaricadora. Los escribas echaban del tribunal a los pobres y escribían sentencias inicuas. Las desgracias de aquella época, especialmente las nubes sombrías que se amontonaban por la parte de Nínive, eran (según la costumbre profética) explotadas como castigos o medios de aterrorizar.

En varias ocasiones se repitieron anuncios proféticos de graves males durante el reinado de Achaz. Isaías, en una de sus declamaciones, quiso demostrar que el fin de Jehová, atendiendo con esmero a la educación de Israel, para hacer de él un pueblo santo, era el triunfo de la justicia. Los obstáculos para la justicia son los ricos, los grandes propietarios, los que llevan vida disipada. Todo ello se dice en un espléndido trozo de literatura sagrada, muestra de la predicción profética en el tiempo de su mayor perfección.

En todas las profecías de la primera época de Isaías se nota el tono de un moralista austero que reprende a una sociedad enferma y que a veces toma por síntomas de enfermedad lo que no son más que necesidades de los tiempos. Los odios de Isaías son los de todos los profetas, y se dirigen a todo lo que podía hacer entrar a Israel en el movimiento general de la humanidad. Odiaba las relaciones con el exterior, la riqueza, el lujo, los carros, el aparato externo de la fuerza. Sólo Jehová es grande. Gusta de humillar a los ricos y a los fuertes, de rebajar lo que está alto, los cedros del Líbano, las encinas de Basán, las montañas. El orgullo es el crimen por excelencia. No fiarse del hombre es un acto de piedad y también de cordura, ya que lo que no tiene más que un apoyo humano es por esencia caduco. Jehová odia los buques de Tharsis y gusta de romper los objetos de lujo. Una de las razones que le mueven a derribar los ídolos, es que son de materias preciosas. Los adornos y coqueterías de las mujeres son tan condenables como lo sea la idolatría.

Los que se encargan de guiar a los pueblos los desvían; los ricos son ídólatras y despojan a los pobres. Después entrevé el profeta un estado peor aún: lo que en lenguaje moderno se llamaría la revolución.

La hora de la justicia llegará pronto. Los hombres se esconderán asus-

tados en las cavernas y en las simas. Todo lo humano se derrumbará. Reinará la justicia y se tratará a cada cual según sus obras. Quedará en la destrucción de Israel un residuo, un brote que hará que vuelva a pulular la raza de los santos. Sion se convertirá entonces en nuevo Sinaí, con nubes de día y llamas de noche. Protegido por esta gloria divina el pueblo de los justos será dichoso para siempre.

Este brillante futuro es la perspectiva sobre la que descansa la mirada del profeta. Un oráculo corto, atribuido, ya a Isaías, ya a Miqueas, expresaba la indomable esperanza que hizo de Jerusalén la capital religiosa del mundo.

¡Gloria al genio hebreo que, con particular vigor, deseo y evocó el fin del mal y vio elevarse en el horizonte, entre las espantosas tinieblas del mundo asirio, este sol de justicia, único capaz de hacer cesar la guerra entre los hombres! Inmensa utopía era aquélla en realidad. Los hombres de paz soñados por el profeta, serían más funestos para el mundo que los hombres de guerra más brutales. Para evitar el verse obligados a aprender la guerra (mal cruel indudablemente), Isaías y Miqueas fundaron la teocracia. Y como Jehová no podía ejercer un gobierno directo, el reinado de Jehová habría sido el reinado del partido jehovahista, tanto más tiránico cuanto que habría mandado en nombre del cielo.

El poder es tanto más rígido cuanto más divino se cree su origen. Más vale el soldado que el sacerdote, porque al menos aquél no tiene pretensiones metafísicas. Desde el punto de vista de la filosofía de la Historia, únicamente con grandes reservas se puede aceptar la política sagrada de Isaías. Pero, prescindiendo de su carácter teocrático, quedan la bondad y la razón. Queda la verdad de que la ciencia y la justicia, aplicadas al gobierno del mundo, pueden perfeccionarlo. Esta esperanza que realzan con ardor los sibilitas de Alejandría y en la que Jesús y su séquito hallan la afirmación de la aparición próxima del reino de Dios, es fruto de Isaías, o más bien de su escuela, obstinada en su optimismo, que fue la primera en lanzar a la humanidad un grito de justicia, paz y fraternidad.

Los sacrificios eran la mancha vergonzosa que conservaba la humanidad de sus locos terrores primitivos, de su deseo necio y bajo de aplacar a dioses quiméricos. Isaías trata con cierto desdén esta práctica fundamental de la religión, y Miqueas no es menos explícito.

Como hemos visto el Jehová de Oseas es un ser absolutamente moral. El de Isaías y Miqueas tiene ya las ternuras del Padre Celestial de los cristianos. Jehová es ya, por el modo de tratarle y compadecerle, un pobre crucificado.

Simultáneamente nace la auténtica oración. El hombre piadoso se siente horrorizado por las contorsiones, convulsiones, danzas frenéticas, incisiones en la frente y cortes con navajas, preferidos por los sacerdotes de Baal y Camos. El nuevo Dios es tan esencialmente el Dios del bien, que toda alma pura se encuentra naturalmente en relación con él. Ama a los hombres sinceros y honrados y les hace caso.

Esencialmente, el desarrollo hebreo se separó del de nuestras razas por el concepto de la Providencia. Nuestras razas tuvieron suficiente

siempre con una justicia bastante floja en el gobierno del universo. Su seguridad de otra vida compensaba ampliamente las iniquidades del estado actual. En cambio el profeta hebreo no invocaba nunca las recompensas y los castigos de ultratumba. Estaba hambriento de justicia, pero de justicia inmediata y terrena. Un mundo injusto era una monstruosidad, a su parecer. De ahí una tensión heroica, un clamor constante, una atención perpetua a los acontecimientos del mundo, considerados como actos de un Dios justiciero. De ahí sobre todo una fe ardiente en una reparación final, en un día del juicio en que las cosas serán como deben ser. En tal día se trastornará cuanto exista. Será aquello la revolución radical, la venganza de los débiles, la confusión de los fuertes. El milagro de la transformación del mundo se realizará en Sión, que será la capital de un mundo regenerado, donde reinará la justicia. David será aquel día el rey espiritual de la humanidad.

Tales ideas procedían en Israel de época más antigua. Como todas las ideas fundamentales, habría nacido con el pueblo mismo. La escuela profética, personificada en Elías y Eliseo, les dio en las tribus del Norte, el siglo IX antes de J.C., un relieve singular. En la primera mitad del siglo VIII, Amir, Oseas y su escuela las proclamaron con fuerza extraordinaria en estilo enérgico, extraño y duro. En 740, estas verdades pasan a ser propiedad de Jerusalén. Isaías, con el ardor de su convicción, el ejemplo de su vida y la hermosura de su estilo, les presta extraordinario esplendor. Es el verdadero fundador (no diré inventor) de la doctrina mesiánica y apocalíptica. Jesús y los apóstoles no han hecho más que repetir a Isaías. La historia de los orígenes del cristianismo para estudiar sus primeros gérmenes tiene que empezar en Isaías.